



Capítulo Uno

El avión despegó a eso de las cuatro de la tarde. Mi madre me despidió con la típica llorera de aquel hijo que se marcha durante un año.

- Ten cuidado hijo mío, a ver si te va a pasar algo- decía con preocupación como lo haría cualquier madre, y no le faltaba razón. Las madres siempre la tienen.

Para ella parecía que se acababa el mundo, y para mí empezaba uno nuevo. Un mundo que se vislumbraba ante mis ojos como una gran oportunidad, donde por fin comenzaría mi independencia con veintitrés años. Un mundo lleno de posibilidades, de gente a la que conocer, de un idioma que aprender y sobre todo de una libertad que nunca antes había tenido.

Por ese lado estaba bastante contento y me sentía un joven intrépido emprendiendo una aventura, que al principio sería dura, pero que luego estaría llena de cosas positivas. Pero por otro lado estaba triste, por dejar atrás familia, amigos y una vida en la que ya estaba totalmente acomodado. Tenía miedo a la posible soledad, a no saber adaptarme a lo nuevo, a no ser aceptado por los demás, en definitiva, de no saber empezar desde cero.

Mi mirada buscaba algún cómplice dentro del avión que estuviera en mi misma situación. Mientras tanto, sobrevolábamos España, para pasar por Francia, hasta llegar a mi destino, Bélgica. Allí iba a pasar los siguientes nueve meses gracias a una beca Erasmus. Mucho era lo que había oído sobre ella, pero de momento no tenía experiencias. Nunca había visitado a ningún amigo, ni había vivido aquel ambiente del que tantos y tantos hablaban. Bueno, en verdad ya estaba viviendo las primeras. Ese



sentimiento entre el miedo y la incertidumbre, que se mezclaban con la ansiedad y la ilusión de algo nuevo y excitante en tu vida.

Me detuve a pensar si me habría equivocado con la decisión que había tomado, pero debía ser valiente y saber esperar. Tener paciencia y probar. Por probar no se pierde nada. Si te sale mal siempre te quedará tu casa, y si te sale bien solo te queda disfrutar y disfrutar, porque es una experiencia única que tiene fecha de caducidad.

Por aquella época estaba estudiando Comunicación Audiovisual y me quedaban pocas asignaturas para terminar. Aquel año era para aprovecharlo, ya que los anteriores los había dedicado bastante a la carrera, y este año era especial. Intentaría aprobar todo, pero sobre todo debía disfrutar de la aventura.

El viaje se me hizo muy largo. Me imaginaba dentro de una película con música triste y melancólica de fondo. Aún con esa imagen mental del momento, llena de recuerdos de mi ciudad, y del miedo que tenía por dentro, contuve las lágrimas. Yo era un tipo duro, o mejor dicho, eso es lo que siempre intentaba aparentar.

El avión aterrizó en tierras belgas. No había encontrado ninguna mirada cómplice en las más de dos horas que había durado el trayecto. Recogí el equipaje de mano, que por el peso parecía otra maleta que facturar, me eché la otra mochila a la espalda que había viajado en mis pies desde Madrid, y descendí hacia un nuevo suelo. Ahora la película era diferente. Me imaginaba un plano general desde fuera, en el que se veían bajar a personas y más personas del avión, y la cámara se acercaba hasta que bajaba yo. La música de fondo era alguna canción animada de rock, tipo *Rolling Stones*, que me daba la bienvenida con fuerza a mi nueva vida en un desconocido país.

Todavía me quedaba un largo viaje desde Charleroi hasta Leuven, la ciudad donde me habían concedido la beca. Había volado con una compañía de bajo coste, y el

Página oficial: www.diariodeunerasmus.com

Patrocinado por: Enertec Sistemas de Energía www.enertec-e.com



aeropuerto estaba bastante lejos de mi destino. Decidí coger un autobús desde el aeropuerto hasta Bruselas, aunque era un poco más caro que el tren. Iba con demasiado equipaje y sería más difícil cambiar de trenes o correr detrás de algunos de ellos.

En el autobús miraba por la ventana para dar la bienvenida a Bélgica. Trataba de divisar todo el paisaje que pudiera, mientras escuchaba de fondo palabras en francés, pero también en español que seguía estando presente a pesar de haber abandonado suelo patrio. Las voces provenían de los asientos traseros. Yo estaba casi delante del todo por si tenía que preguntar algo al conductor. De vez en cuando giraba la cabeza y divisaba a posibles Erasmus españoles como yo, que hablaban de historias y más historias del pasado en sus ciudades y que quizá más adelante las sustituirían por novedades ocurridas lejos de sus casas.

No había salido nunca de España por aquel entonces, pero lo primero que pude observar es que las voces españolas sobresalían por encima de otros turistas o habitantes del lugar. Después, tras viajes y más viajes por Europa, confirmé mi teoría y la de muchos otros, que tenemos como un tono más arriba que los demás europeos, quizá por nuestro carácter latino, nuestra capacidad de disfrutar cada momento de la vida, o porque nuestro clima nos imprime una alegría continua en el cuerpo que en otras partes de Europa no tienen. Los italianos, los portugueses y los griegos quizá se asemejen más a nuestra forma de ser.

Llegué a Bruselas-Midi, bajé del autobús y repetí el ritual de colgarme la mochila, y coger la bolsa de mano, casi tan pesada como el equipaje que recogí del maletero del autobús. Me introduje en la estación de tren que estaba en la acera de enfrente y tras mirar los horarios, compré el *Go-pass* que me habían recomendado. Diez



viajes por toda Bélgica por cuarenta y seis euros, de cualquier punto a cualquier otro dentro del país.

El tren llegó puntual, y me monté con aquel desfile de bultos que subí a duras penas. Me senté y volví a mirar por la ventana. La sensación de miedo y entusiasmo se seguía mezclando. Ahora quizá tenía más miedo. Se acercaba el momento de llegar y tendría que lidiar con la soledad ya que no conocía absolutamente a nadie. Lo más positivo de mi llegada es que tenía un lugar donde dormir, gracias a un foro Erasmus en el que un antiguo estudiante en Leuven me había aconsejado una residencia. Me facilitó el email y el teléfono de la coordinadora, y conseguí por esos medios y pagando un gran anticipo económico, un lugar para toda mi estancia en la ciudad flamenca.

Tras escribir en el *Go-pass* la ciudad de origen y de destino, continué mirando por la ventana, cuando algo me sacó de mi ensimismamiento y del miedo interno.

- No te compensa.

Giré el cuello y vi a una chica más o menos de mi edad. Tenía el pelo rizado por debajo de los hombros y la piel bastante morena. Me quedé un poco aturdido porque me sorprendió la belleza de la muchacha. Permanecí unos segundos callado.

- ¿Cómo dices?

- Sí, que no te compensa utilizar un viaje de *Go-pass* de Bruselas a Leuven.

Lo podías haber aprovechado para un viaje más largo, que sea más caro.

La chica tenía un acento del sur que rápidamente me engatusó.

- No lo había ni pensado.

- ¿Eres Erasmus?

- Sí, voy a Leuven como has podido leer. Estaré allí todo el año.

- Yo también voy a Leuven, de Erasmus, así que ya tengo mi primer amiguito.

Página oficial: www.diariodeunerasmus.com

Patrocinado por: Enertec Sistemas de Energía www.enertec-e.com



Menos mal, porque no conozco a nadie allí.

- Yo estoy igual que tú, así que ha sido una suerte.
- Me siento aquí contigo.
- Claro.

Era una estupidez, yo no era así, pero estaba un poco nervioso y me costaba articular las palabras de mi boca. Evidentemente la chica me había impresionado, y además ella llevaba la voz cantante en la conversación.

- Me llamo Alba, y soy de Sevilla. ¿Tú?
- Yo soy Iván, de Madrid.
- Dame un par de besos, ¿no?

Nos dimos un par de besos y continuamos la conversación. Alba estudiaba Psicología y tenía mi edad. Estaba terminando la carrera y parecía que tampoco le preocupaban mucho las asignaturas sino vivir la experiencia y exprimirla al máximo.

En veinte minutos llegamos a Leuven. Estábamos a mitad de Septiembre y era viernes. Serían las ocho y media de la tarde y justamente al bajar del tren Alba me dijo:

- Habrá que salir hoy, ¿no?

Al salir de la estación nuestros caminos se separaron. Alba se fue a un hotel que había reservado por Internet, y yo me dirigí a la residencia mapa en mano. No estaba muy lejos, así que caminé durante unos quince minutos haciendo un gran esfuerzo con el pesado equipaje como compañero.

Por fin llegué a mi nuevo hogar. En el timbre había escritos numerosos nombres y códigos Morse para llamar a cada persona. Pulsé el timbre repetidas veces sin saber a quién llamaba, hasta que una chica rubia, de aspecto norteamericano abrió la puerta. Le

Página oficial: www.diariodeunerasmus.com

Patrocinado por: Enertec Sistemas de Energía www.enertec-e.com

DIARIO DE UN ERASMUS

expliqué que acababa de llegar de España y fue a buscar a la coordinadora de la residencia. Un par de minutos después se presentó ante mí. Tendría poco más de treinta años, el pelo negro y la tez blanca, con ojos grandes y muy azules. Por su forma de hablar imaginé que era del este: checa, búlgara o de algún país de la antigua Rusia. Ella también vivía en la residencia. Era la responsable, aunque también estaba estudiando. Se llamaba Naira. Me llevó a mi habitación en la primera planta, me dio las llaves, me explicó algunas normas, me enseñó los baños y se despidió porque tenía algo de prisa. Por lo visto se iba de fin de semana.

Bajé a la planta principal y me detuve a observar aquel lugar. Era una casa antigua, con grandes escaleras y techos altísimos. Tenía un halo de misterio que parecía esconder algo. Me recordó a esas mansiones victorianas que sirven de escenario para películas de miedo como “*Los Otros*”, pero con más luz y las paredes pintadas de blanco.

Tras repasar el escenario en el que iba a pasar los siguientes meses, subí las escaleras y me introduje en mi habitación. Tendría cerca de doce metros cuadrados y la particularidad de un lavabo dentro de ella. Los baños y las duchas estaban fuera, al final del pasillo. Me tiré en la cama, miré al techo y lancé un gran suspiro de orgullo. El primer paso estaba dado. Había salido de casa, había pasado el viaje, y ya estaba en mi cama de Leuven, tumbado y con una nueva vida por delante. Llamé a mi familia, me duché y cuando regresé del baño tenía un mensaje de Alba. Me citaba en la *Grote Markt* a las once de la noche, para cenar juntos, tomar algo e inaugurar la ciudad. Así la empezábamos a descubrir juntos. Le contesté con la ilusión de comenzar a vivir la aventura con mi nueva amiga. Me tumbé nuevamente en la cama y de nuevo me sentí orgulloso.

Página oficial: www.diariodeunerasmus.com

Patrocinado por: Enertec Sistemas de Energía www.enertec-e.com

DIARIO DE UN ERASMUS

Alba se hizo esperar como yo vaticinaba. La chica preciosa y coqueta era evidente que tenía que regalarme como mínimo quince minutos de dilación. Mientras tanto me detuve a admirar el ayuntamiento en la *Grote Markt*. Era algo grandioso, un trabajo minucioso de la arquitectura flamenca. Estaba perfectamente iluminado y eso lo hacía más mágico dentro de mi primera noche en ese país. Observaba el devenir de la gente por aquella gran plaza y sus terrazas que todavía estaban medio llenas. Era curioso pensar en el hecho de que aquellos lugares tan desconocidos para mí, iban a ser el escenario para una película que duraría algo más de nueve meses. Ahora todo me resultaba tan extraño, pero al final del Erasmus, esas plazas y calles habrían sido mis compañeras. Esos nombres tan extraños que figuraban en las placas de las calles, con el paso del tiempo, serían nombres tan comunes como la Gran Vía, la calle de Alcalá o la Plaza de España.

Hacía una buena temperatura, aunque llevaba una chaqueta por si las moscas. No me fiaba del clima centroeuropeo. Alba ya se retrasaba veinte minutos. Finalmente la divisé a lo lejos. Se plantó delante de mí, y efectivamente era una coqueta. Se había arreglado hasta la extenuación y rápidamente pasó por mi mente un cierto egocentrismo. Pensé que quizá lo habría hecho porque ciertamente le había gustado. Nada más lejos de la realidad. A los cinco minutos ya me estaba hablando de su novio y mis ilusiones se desvanecieron. Bueno, era el primer día, demasiado había sido conocer a alguien tan rápido.

Fuimos a comer un *kebab* en la calle que salía del ayuntamiento.

- *Naamsestraat*.
- Aquí casi todas las calles terminan con *straat*, así que vete acostumbrando.

Página oficial: www.diariodeunerasmus.com

Patrocinado por: Enertec Sistemas de Energía www.enertec-e.com



- Ya me he fijado al venir hasta aquí. Es curioso que ahora, estas calles tan extrañas para nosotros, se convertirán en nuestra casa con el paso de los meses.

Me estaba tirando el rollo profundo para intentar impresionarla en los primeros coletazos de nuestra relación. Siempre he creído que la primera impresión cuenta bastante, y quería que pensara que tenía algo en el cerebro. Pero Alba era especial, espontánea, con un desparpajo fuera de lo común.

- Anda déjate de pensamientos tan trascendentales a estas alturas, ¿te vas a comer las patatas?

Sonreí y con una mirada le regalé las pocas patatas que me quedaban. Me había calado, así que podía dejarme de gilipolleces y ser yo mismo, que seguro que por lo menos conseguiría su amistad.

Terminamos de cenar y bajamos hasta la *Oude Markt*, que era la otra plaza grande que estaba al lado de la *Grote*, y donde se acumulaban bares y más bares a los dos lados de la plaza. Alba me propuso entrar en uno que ciertamente no se adecuaba demasiado al concepto que tenía de ella. También me caló.

- ¿Que te crees, que porque me arregle no me gustan estos bares y esta música?
Anda pasa, que esta noche te emborracho yo.

Visitamos otros garitos de la plaza y verdaderamente Alba consiguió emborracharme. Sabía beber. Parecía que había tenido un gran entrenamiento en su vida universitaria. Hablamos de muchas cosas. Su vida en Sevilla, la mía en Madrid, el futuro laboral que nos esperaba, las expectativas que teníamos para el Erasmus...Me encontré muy a gusto con ella, y además de ser preciosa me confirmó que era especial y muy divertida.

DIARIO DE UN ERASMUS

A eso de las tres de la mañana conocimos a un grupo de cuatro españoles y seguimos la ruta de bares con ellos. Eran de diferentes partes de España. Se habían conocido en el albergue de la juventud y estaban buscando piso. También eran Erasmus. Alba se unió a ellos para quedar al día siguiente y buscar alojamiento para el resto del año.

Todos estábamos agotados por el viaje o por la búsqueda de vivienda. Así que, a pesar de nuestros esfuerzos por aguantar, a eso de las cinco de la mañana los alberguistas se retiraron y nuevamente me quedé solo con Alba. Caminamos hasta nuestro punto de encuentro aquella noche que se convirtió también en de despedida. Quedamos en llamarnos al día siguiente y me ofrecí para ayudarla a buscar su nueva morada. De nuevo dos besos y cada uno se fue por su camino.

Estaba un poco borracho. No había sido una noche memorable de fiesta, pero no había dejado de beber. Entre el sueño y el alcohol me tambaleaba de vez en cuando y caminé lentamente hasta la residencia. Recordaba vagamente el camino, pero entre unas cosas y otras me perdí. Me costó encauzar de nuevo mi destino, pero al final lo conseguí. Caminaba cerca de mi calle por *Bondgenatenlaan*, que curiosamente no terminaba por *straat*, es lo que se me pasó por la cabeza, un poco cargada. Estaba deseoso de coger la cama y dormir, era mi única idea en ese momento. Ni siquiera me acordaba ya de la bella Alba, mi primera amiga en Leuven. Enfilé definitivamente mi calle, *Justus Lipsiusstraat*. Alcé la vista, que hasta ese momento tenía el suelo como objetivo, y divisé a un hombre de algo más de cincuenta años, que corría a lo lejos hasta pasar por mi lado. Rozó mi hombro y me giré por curiosidad. No estaba para observar muchos detalles, pero el hombre, con un gorro en la cabeza, llevaba una mochila con algunos muñecos de peluche colgados en ella. Retomé la posición inicial y el suelo

Página oficial: www.diariodeunerasmus.com

Patrocinado por: Enertec Sistemas de Energía www.enertec-e.com

DIARIO DE UN ERASMUS

volvió a ser mi objetivo. Estaba llegando a casa. Ni se me pasó por la cabeza por qué corría un hombre de más de cincuenta años por la calle a las cinco de la mañana con una mochila llena de muñecos. Pero un minuto más tarde sí que le di importancia a ese hombre, y sí me pregunté por qué corría. Justo en la esquina con *Maria Theriesastraat* antes de llegar a mi residencia, había un chico rubio, de unos veinte o veintidós años tirado en el suelo. Me acerqué hasta él y pude ver un gran charco de sangre que emanaba de su cuerpo. Me fijé en su pecho y vi cómo un puñal estaba clavado en su corazón. Me quedé totalmente colapsado, sin saber cómo actuar. Toqué su cuello y no tenía pulso. Estaba muerto. Permanecí de pie, observando el cadáver atónito. Todo me empezó a dar vueltas y me desmayé a su lado.

Página oficial: www.diariodeunerasmus.com

Patrocinado por: Enertec Sistemas de Energía www.enertec-e.com